

bies elementos. La Iglesia combate sin cesar la vanidad del sabio, el orgullo del poderoso, la sed de la codicia, el furor de la venganza; y no dejando en reposo ningún vicio, ya que no pueda estirparle, va cuando menos á turbar la falsa paz del vicioso, lanzándole el aguijón del remordimiento. ¿Qué le hubiera sucedido, qué hubiera sido de ella á no estar tan firmemente constituida por la misma mano del Todopoderoso? No, no habria podido continuar en esa comunicacion con la vida entera del fiel, no se habria podido dirigir incesantemente á su conciencia, sino que bien presto se la rechazara como un estímulo importuno, y se desatendieran con desdén sus santas amonestaciones. Pero ahora cuando el simple párroco corrige, no es él quien lo hace, sino la Iglesia; cuando se entromete en algún negocio grave, no lo hace de autoridad propia, sino con autoridad de la Iglesia. En pos del párroco ve el fiel al obispo, y en pos del obispo al Sumo Pontífice, y al rededor del Sumo Pontífice la Iglesia universal, y la tradiccion de todos los tiempos, y la autoridad de los concilios, y el voto de los Santos Padres, y la práctica de los santos, y todo ordenado, compacto, ligado, sin que en ninguna parte divise al hombre solo, el dictámen de la razon aislado, el predominio de la voluntad individual, sino en todo el cuerpo místico formado por Jesucristo, nutrido con los méritos de su preciosa sangre, amaestrado por sus santísimas doctrinas, guiado por sus consejos, rebosante del calor y de la vida de las lenguas del Cenáculo, y sostenido milagrosamente por el poder de la diestra del Eterno.

Así ocultándose á los ojos del hombre la accion de otro hombre, sólo se le presenta la accion de la Iglesia, ó mejor diremos, la accion de Dios; y ni se encuentra humillado en la sumision, ni envilecido en la obediencia; porque se cumple de un modo admirable la condicion necesaria para facilitar la obediencia y hacer espontánea la sumision, cual es, el que no se halle el hombre en presencia de otro hombre, y obligado á someterse á la simple razon, á la sola voluntad de otro de sus semejantes, sino que en aquel que enseña, decide ó manda, vea la personificacion de un poder superior, de un grande interés ó de un gran principio, ó lo que vale mas que todo, un representante del mismo Dios. Esto se verifica en la Iglesia católica: jamas, desde el último ministro hasta el Soberano Pontífice, habla nadie en nombre propio: el encargado de la mas oscura capilla, es el *vicario* de su legítimo superior, y el sucesor de S. Pedro él es el *vicario* de Jesucristo. Así hay una unidad admirable en medio de la mas complicada multiplicidad; así las partes no se confunden, no se embarazan, no se chocan, sino que obrando en la ma-

yor armonía, funcionan cada cual en su puesto, llenando el objeto de su santo instituto, y cumpliendo los designios del divino Fundador.

Las iglesias separadas, quebrantando esta unidad y destruyendo la gerarquía, desconocieron los eternos principios de todo buen gobierno, y se privaron de los medios para influir sobre el ánimo de los pueblos. Vano es que se llamen Iglesia; falta la unidad, y no son una Iglesia, sino muchas iglesias; falta la conveniente dependencia de los ministros, falta un punto céntrico de donde pueda dimanar la eficacia del influjo sobre la conciencia de sus subordinados. Niegan la divina institucion de la ordenacion sacerdotal, conceden el sacerdocio con mas ó menos restriccion á la generalidad de los fieles como cosa que de derecho les corresponde, se burlan de la gerarquía y la miran como una invencion de los hombres, otorgan á todo el mundo el derecho de interpretar la Biblia, y por consiguiente la ilimitada facultad de decidir en materias de dogma y de moral, como mejor parezca: ¿qué puede resultar de una organizacion y sistema semejantes, ó mejor diremos, de la falta de todo sistema, de toda organizacion? Dígalo la esperiencia de cada dia, dígalo la historia de los tres últimos siglos.

El nervio de la disciplina ha debido por consiguiente ser cosa desconocida entre los protestantes; y dejando aparte las virtudes mas ó menos severas que hayan podido encontrarse en algunos ministros de la pretendida reforma, y la mayor ó menor asiduidad con que se hayan dedicado al ejercicio de sus funciones, púedese, no obstante, asegurar que la disciplina como tal, no ha existido ni es dable que exista en las iglesias disidentes: no hay disciplina sin autoridad, ni autoridad sin gerarquía, ni gerarquía sin cabeza. En la Iglesia católica ha sucedido todo lo contrario: hasta en aquellas épocas cuya turbacion traía consigo el trastorno de las ideas y el olvido de los deberes, no careció nunca de disciplina: á veces se la desatendia, se la conculcaba; mas por esto no dejaba de existir, no faltaba quien la proclamase, quien protestase contra las infracciones, quien alzase enérgica voz para demandar la estirpacion del mal y el castigo de los culpables. Particularidad notable que solo en la Iglesia católica se encuentra, el que nunca la ley sea tan impunemente hollada, que no se adelanten ánimos esforzados á defenderla; el que la ley nunca sea tan abatida que se la fuerce á la prosolucion doblegándose á las insaciables escogenicias de las pasiones. En la Iglesia, la ley á veces se quebranta, pero no se doblega; el mismo legislador obra quizás mal, pero legisla bien; por un efecto de la debilidad humana, no está esento de ser injusto en algunas de

sus obras; pero aun en este lamentable caso, proclama la justicia; desordenado en las costumbres, ensalza la pureza de la moral, y la predica á la faz del mundo aun á riesgo de hacerse subir el propio los colores al rostro; y sin temor á los poderosos, sin consideracion á la humana flaqueza, sin indulgencia para sí mismo, muestra á todos los fieles la regla inflexible, sin curarse de que haya de resultar así mas palpable este ó aquel escándalo, y excitar la execracion de la conciencia pública. Aun en los tiempos mas calamitosos de la historia eclesiástica, notamos un constante movimiento en el seno de la Iglesia hácia una reforma que remediase los males que la humana miseria habia introducido. San Gregorio VII, S. Bernardo, S. Buenaventura, eran los precursores de los padres del Concilio de Trento. Por cuyo motivo los cristianos de una fé pura y de una intencion recta, no ven jamas en los males que á la Iglesia afigen, una señal de que la haya abandonado el Espíritu Santo, ni creen necesario destruir para reformar, ni que sea menester poner otros cimientos de los que puso el divino Arquitecto; pues que á mas de las indefectibles promesas de éste, ven siempre que la llama del Paráclito no se ha estinguido aún, que el fuego sagrado arde todavía en el santuario, y que debajo del tabernáculo se conservan intactas y enteras las tablas de la ley. La disciplina se relaja, la autoridad parece dormirse; pero los centinelas de Israel no se entregan juntos al sueño; hay algunos que están velando y que recuerdan á los demas el sagrado deber que les incumbe de custodiar con temor santo los celestiales tesoros de la casa del Señor. O reunidos en concilio los obispos, ó desparramados en sus diócesis, cumple el episcopado la mision que le encargó el Espíritu Santo de regir la Iglesia de Dios; si una niebla oscura parece ofuscar los entendimientos, y la corrupcion señorear las voluntades, si flotando á la merced de los vientos y de las olas la combatida navicilla, amenaza con inminente naufragio, llenando de espanto á los que no tienen firme la fé y fijada en el ciclo la esperanza, levántase Jesucristo para salvarla, manda á los vientos y á los mares, bastando su palabra para restablecer la bonanza. No se presenta él mismo, pero suscita hombres como Ildebrando, como S. Bernardo, como S. Carlos Borromeo, como S. Ignacio de Loyola, y derramando sobre ellos los raudales de su gracia, renueva milagrosamente la faz de la tierra. Que sean los vicios de los fieles ó de los sacerdotes, que el genio del mal haya conseguido llevar sus estragos á regiones las mas elevadas, nada queda sin notar, nada sin reprender, nada esencial del clamor de correccion y enmienda. Lo que hoy es el proyecto, el simple deseo de una caridad ardiente, se abre mañana paso en

la legislacion eclesiástica y forma uno de los articulos de la disciplina. Así, cuando circunstancias lamentables han ocasionado mayor ó menor descrédito de los ministros de la religion amenguando los respetos y consideraciones de que se los rodeara, bien pronto con una reforma legitima se ataja la corriente del mal, se rejuvenece la autoridad del sacerdocio, se aumenta su ascendiente é influencia, restableciéndose mas íntima, mas afectuosa la comunicacion entre el sacerdote y el fiel, reparándose de esta suerte los males que á la fé y á la moral se acarrear con el alejamiento y la desconfianza. ¿Quién ignora los prodigios que en esta parte se realizaron en la Iglesia desde el siglo XVII? ¿quién no sabe el profundo y saludable cambio que fué el inmediato efecto de la reforma hecha por el Concilio de Trento?

El celibato del clero, tan combatido con ostentoso aparato de razones político-económicas, cuya futilidad han venido á demostrar los adelantos de la economia política, es un elemento tan precioso en el ministerio eclesiástico, que su desaparicion relajaria de golpe los lazos de la disciplina, y entibiando la confianza y la intimidad con que los fieles están ligados con el ministro de la religion, y despojando su sagrado carácter de la santa austeridad que le embellece y realza, acubaria por dejarle en la clase de los hombres honrados, y si se quiere influyentes, pero en grado muy poco superior al que le grangearian sus calidades personales. No tratamos aqui de examinar á fondo esta cuestion, cuya inmensa importancia reclama por cierto, mayor espacio del que los limites de un articulo consenten; solo nos proponemos tocarla rápidamente en lo que concierne el celibato á proporcionar mayor influencia al clero católico, facilitando la comunicacion de la conciencia de los fieles con la de los ministros, é inspirando aquella veneracion y confianza indispensables para que las funciones sacerdotales puedan ser ejercidas cual cumple á la alta mision de su instituto.

Por de pronto, échase de ver á la primera ojeada, que es el celibato un sacrificio en las aras de la religion y de la salud de sus semejantes, emblema sublime del desprendimiento que acompañar debe el ministerio eclesiástico, pues que encierra nada menos que la rigurosa obligacion de una virtud, cuya práctica no fué prescrita en el Evangelio mas que por via de consejo, y de la que hablando la sagrada Escritura, nos la pinta como uno de los rasgos característicos de la vida angélica.

Aquella completa abstraccion de los placeres sensuales, aquella ilimitada renuncia de sentimientos tan gratos al corazon humano, cuales son los que resultan de la formacion de una familia, y de la

esperanza de sobrevivir en la prosperidad, desligan en cierto modo de las cosas terrenas, y consagran á las celestiales el hombre entero. No se albergan entonces en el ánimo la solicitud y los cuidados que consigo trae el ser cabeza de familia; y en cambio, hállase el espíritu mas libre, mas espedito para ocupar sus pensamientos y deseos en objetos de mayor importancia, de un interés mas transcendental, y para acometer empresas que arredren por sus peligros, ó desalienten con la exigencia de sacrificios dilatados y penosos.

¿Cómo se hubieran podido verificar los prodigios de las misiones católicas, si aquellos apostólicos varones se hallaran embarazados con el cuidado de mugeres é hijos? ¿Cómo fuera posible que llegaran á la sublime abnegacion, que nada reserva al hombre, que en nada repara, que por nada se detiene, y que sufre con igualdad de ánimo la pobreza, las privaciones de toda clase, las mas insoportables fatigas, los tormentos mas esquisitos, la muerte mas horrorosa? ¿Eleváronse jamas á tanta altura los misioneros protestantes? ¿Mostraron jamas tan heroico desprendimiento? ¿No es su primer cuidado al llegar al punto de su destino, el proporcionar á sus esposas y familia una habitacion decente y cómoda, y el no olvidar su propia fortuna en medio de sus predicaciones evangélicas? ¿Cuándo recabaron de sus neófitos igual admiracion y entusiasmo, igual sumision y obediencia, al que alcanzaron nuestros misioneros, que sin oro para distribuir, sin poderosas escuadras para protegerlos, sin numerosos ejercicios para sostenerlos y hacerlos respetar, se presentan á los fieles no llevando otras riquezas que su breviario, ni mas armas que su cayado, ni otros medios de persuasion que el ardor de su celosa palabra y el ejemplo de sus virtudes, y el escudo de una infatigable paciencia?

Por lo mismo que el hombre no pertenece entonces á ninguna familia, es, por decirlo así, el padre de todas; y viviendo en medio del mundo, solo y aislado como peregrino en tierra estrangera, representa mejor á Jesucristo, quien proponiéndose enseñarnos que el hombre debe anteponer las cosas del cielo á todas las consideraciones de familia, dijo: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y que estendiendo la mano sobre sus discípulos, continuó: “He aquí mi madre, y mis hermanos, pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.” [*San Mateo, cap. 13.*]

A un hombre que no está ligado con una muger, se le abren con menos dificultad los arcanos del corazon; y el fiel que lleva oculta en su pecho una adiccion angustiosa, que quizás no osara revelar á sus mas íntimos allegados, depositala sin el menor recelo en el áni-

mo del sacerdote, seguro de que no hará traicion á la confianza quien no tiene mas vínculos sobre la tierra, que los impuestos por la ley de la caridad. ¿Cuántos secretos no se lleva al sepulcro el sacerdote que ha ejercido por algun tiempo las funciones de su ministerio en el sacramento de la penitencia? Y aun fuera de él, ¿cuántos son los delicados y espinosos asuntos que no salen del círculo de una familia, sino para pedir consejo al ministro de Dios, ó para constituírle medianero en circunstancias críticas? Los mismos que menos adictos se muestran á la religion, los mismos que quizás se desatan en mas acerbas injurias contra el clero, no reparan, y esto lo enseña la experiencia de cada dia, no reparan, repetimos, en confiar á un eclesiástico los mas hondos secretos, sobre todo si son éstos de tal naturaleza que demanden un depositario discreto y caritativo, á propósito para buscar remedios ó proporcionar consuelos. Se nos habla á veces de la dulzura de los sentimientos paternales, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre el carácter; pero no se advierte que los sentimientos que han de obrar en el corazon del ministro de Dios, no es necesario ni tampoco conveniente que tengan aquella sensual ternura, que si bien es muy á propósito para cumplir en el recinto de la familia los fines destinados por el autor de la naturaleza, no se adaptan, sin embargo, á la elevacion y austeridad de las funciones en que se ha de ocupar el sacerdote. La caridad es tierna, afectuosa, mas no débil ni liviana; descendida del cielo, tiene por objeto al mismo Dios, y cuando reside en el alma, no tiene su morada en la region de los sentimientos terrenos, sino en la voluntad superior, en lo mas elevado del espíritu. Se alegra con los que se alegran, pero su alegría es en el Señor; llora con los que lloran, pero sus lágrimas las ofrece al Señor; quiere el bien de todos los hombres, los estrecha á todos en sus brazos, los socorre en sus necesidades, los alivia en sus penas, pero todo para llevarlos á la eterna bienaventuranza, todo para purificarlos en esta vida y hacerlos dignos de sumirse en la otra, en un piélagó infinito de luz y de amor.

Estos deben ser los sentimientos del sacerdote: hijos de la caridad, animados por la caridad, guiados por la caridad; que nada ofrezcan de mundano, de sensual, que en nada se asemejen á los que se fundan en motivos puramente humanos, y que aun en medio de su condescendencia, dejen entrever el cumplimiento de aquellas palabras del apóstol: “Todo para todos para ganarlos á todos.”

Suponed que se llama para consolar á la esposa que acaba de perder el apoyo de su debilidad y el objeto de su ternura conyugal, al padre á quien una muerte prematura arrebató el orgullo de su juventud y la esperanza de su vejez. ¿Cuál es en estos casos el pa-

pel que en la triste escena le corresponde al ministro del santuario? llorando con los que lloran, deberá hacerlo de tal suerte que tambien muestre participar de aquel abatimiento que desalienta y postrá, imitando á las personas á quienes se propone consolar? ¿sentaríale bien, por ventura, que al través de la tristeza pintada en su semblante se trasluciesen sentimientos puramente humanos, con la debilidad y desfallecimiento que en tales casos los acompaña? No, por cierto: en aquella ocasion solemne no va á consolar dando rienda suelta al dolor, y aliviando la pena con solo compartirla, sino que va á confortar con los grandes pensamientos que en el seno de la religion se ligan con la muerte. Dios, sus secretos designios, la necesidad de conformarse á ellos, lo breve de la separacion que tanto aflige; las probabilidades de que el finado disfruta ya mejor vida, la próxima reunion de todos que en el seno del Dios viviente se ha de verificar en los abismos de la eternidad: he aquí los puntos sobre que han de girar las palabras del sacerdote, he aquí los pensamientos cardinales de donde ha de hacer brotar las consideraciones adaptadas al caso que le ocupa, he aquí donde buscar debe los consuelos que intenta proporcionar á la desolada familia.

Para ejercer dignamente estas elevadas funciones, no es necesario que el sacerdote haya experimentado en toda su viveza las afecciones conyugales ó del amor paternal; bástale un corazon sensible en que de algun modo vibren las mismas cuerdas que en los de los afligidos; y la misma diferencia que resulte de no estar su corazon ejercitado en aquel género de emociones, contribuirá á conservar á su alma un temple mas fuerte, que se acomodará muy bien con la santa resignacion que deben respirar las palabras y las acciones de quien habla en nombre del cielo.

Digase lo que se dijera, el instinto del humano linage manifestado en las tradiciones de todos los tiempos y en la práctica de todos los pueblos, segregando mas ó menos completamente de los placeres sensuales á toda persona que debiera intervenir en el ministerio religioso, entraña una sabiduria tan profunda y delicada, que solo puede ocultarse á entendimientos ciegos ó á corazones poco sensibles. En este punto, como en todos los demas, nos ofrece el Catolicismo una prueba de su divinidad, realizando de una manera mas cumplida, mas sublime, el pensamiento que en embrion se encuentra en las otras religiones; con esto nos da una nueva señal de que ha bajado realmente del cielo, cuando se manifiesta en plena posesion de todo lo verdadero y de todo lo bueno, que disperso acá y acullá, desfigurado de mil maneras, se encontrara en las tradiciones del género humano. Leed la historia religiosa de todos los pue-

blos, y en todas hallareis algunos rastros de la union del ministerio religioso con la abstinencia de los placeres sensuales, en todos notareis alguna percepcion de esta secreta armonía de la castidad del corazon con el ofrecimiento del sacrificio; y hasta en aquellos que divinizaron el placer y lo presentaron á la veneracion humana bajo las formas mas voluptuosas, descubrireis alguna institucion que protesta contra tamaño extravío, simbolizando mas ó menos á las claras esta idea, tradicion, instinto, llámese como se quiera, que en medio de sus vicisitudes y aberraciones ha conservado la humanidad.

Pero reservado estaba á la Iglesia católica, enseñada por el mismo Dios, el presentar en esto un tipo sublime elevando á precepto para un considerable número de hombres, lo que en el Evangelio solo se propone como un consejo, y el realizar de esta manera la dignidad del sacerdocio, obligándole á una privacion que á los ojos de la humana sabiduria solo pareciera posible para el heroico desprendimiento de algunos varones privilegiados. ¿Quién no conoce, mejor diremos, quién no siente cuánto mayor es la elevacion, cuánta mas la dignidad y magestad del ministro del santuario, á quien al postrarse en el altar orando por los pecados del pueblo, ú ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio de propiciacion, se le contempla como un ángel que sin lazos que le vinculen con ninguno de los objetos que hechizan á los demas hombres, ofrece al Dios de Sabaoth un incienso puro, que sube al cielo mezclado con los afectos y las súplicas de un corazon sin mancilla? Si apartándonos del ara sacrosanta miramos al sacerdote en sus relaciones directas con los fieles, ora enseñando, ora reprendiendo, ora amonestando, ora comunicando las gracias celestiales por el conducto de los sacramentos, ¿no es su autoridad inmensamente mayor, no inspira mayor respeto, mayor confianza y veneracion, si en la mente de los fieles no pueden encontrarse juntas las dos ideas de un ministerio tan augusto, y la del símbolo de la hermosura, pero tambien del capricho y de la flaqueza? ¿Quereis representaros al vivo la influencia que tendria el matrimonio del clero en disminuir su ascendiente, en debilitar su influjo, en rebajar la veneracion que á los fieles inspira? Tomad por ejemplo un gran santo: imaginaos que veis á San Francisco de Sales, asiduo y fervoroso en la oracion, arrobado en el acto de ofrecer el augusto sacrificio, incansable en la administracion del sacramento de la penitencia, desvelándose sin cesar para atraer al redil de la Iglesia almas descarriadas por el cisma protestante, socorriendo á los pobres, consolando á los afligidos, instruyendo á los ignorantes, consumiendo su vida entera en la tarea de la salvacion de sus prójimos, y en el ejercicio de las mas austeras virtudes, y ofrecién-

dola á Dios como un holocausto en las llamas de purísimo amor; decidme, cuando contemplais ese ángel de paz, esa lumbrera del mundo, esa víctima de la caridad, ese apóstol que se hace todo para todos para ganarlos á todos, cuando llenos de entusiasmo le tributais los homenajes de vuestra admiración; decidme, repito, ¿quisiéraisle casado? “¡Oh! no; ciertamente que no; ni quisieramos, diréis, que se hubiera pronunciado este nombre que así disipa de un golpe la celestial vision en que estábamos embargados.” El santo obispo de Ginebra al lado de una muger, no fuera ya un ángel, no fuera un ser privilegiado que aparece sobre la tierra para consuelo y alivio de la humanidad; sino un hombre como los demas, y á quien sospecháramos tal vez juguete de la debilidad ó del capricho. Esto no son razones teológicas, no son argumentos de escuela; es una inspiracion que arranca de lo mas íntimo de nuestra alma; no es solo la voz de la religion, es el grito de la naturaleza misma.

Vano fuera empeñarse en luchar con la evidencia de esta verdad; no necesita pruebas; es de aquellas á que se adhiere el corazon, mucho antes que no las acepte el entendimiento. Y cuenta que estas verdades que así cautivan desde luego nuestro espíritu, señal es que encierran alguna fuerza intrínseca muy poderosa, dado que bastan á producir un efecto instantáneo; señal es que espresan algunas relaciones delicadas, que aun cuando no se presentan á nuestros ojos con entera claridad, no dejarían de ser muy positivas, y de estar fundadas en la naturaleza misma de las cosas. En esta materia no deseáramos que los jueces fueran filósofos, interesados quizás en torcer el fallo en contra de la verdad; no pocas veces la filosofia, á fuerza de analizar, disecciona, y de dividir y subdividir, descompone y aniquila; pero no temieramos la decision, no recusariamos la autoridad del simple buen sentido, aun cuando no anduviese acompañada de la fé. Las inspiraciones de un corazon no predispuerto á resistir los sentimientos mas naturales y espontáneos, fueran suficientes á resolver en nuestro favor la cuestion; y no dudamos que donde quiera que se la plantee prácticamente, como se hace á menudo en los paises donde viven infieles, saldrá el Catolicismo airoso en la demanda. No es necesario repetir lo que acabamos de notar, parangonando las misiones católicas con las protestantes; pero un muy reciente ejemplo se presenciò no ha mucho en la llegada de un obispo anglicano á Jerusalén.

Quando el reverendo enviado por los ingleses, recorria las calles de la ciudad santa acompañado de su esposa, que á la sazón se encontraba en aquel estado que tan casta y delicadamente espresaban los periódicos ingleses por una frase que no habrán olvidado nues-

tros lectores, y el pueblo le andaba regalando duros guijarros, bien sentia, aun la generalidad de los mismos infieles, que el enviado de lord Palmerston estaba muy lejos de ser, como pretendia, sucesor de los apóstoles y enviado de Jesucristo; bien sentia que el nuevo enviado no era del número de aquellos que encargados por el Salvador de predicar el Evangelio á toda criatura, y de bautizarlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, marchaban á cumplir su mision, habiendo renunciado antes á todo lo que poseian, negándose á sí mismos y crucificando su carne, para confesar á Cristo crucificado.

Muy bien comprendian la fuerza del celibato religioso en aumentar la autoridad y la influencia del clero, los enemigos de la religion católica, pues que unos, segun dicen, por el celo de aumentar la poblacion, otros para comunicar á los sacerdotes mayor dulzura y apacibilidad de sentimientos, quiénes para libertarlos de carga tan pesada, quiénes para hacerlos de costumbres mas puras, todos, en una palabra, con miras altamente filantrópicas, se han empeñado en persuadir que debía borrarse de los articulos de la disciplina eclesiástica, la ley del celibato; bien comprendian que en esta ley se encerraba uno de los mas poderosos resortes de esa influencia que se proponian abatir, de esa autoridad que intentaban desvirtuar. Nosotros, empero, apoyados en la razon, en la esperiencia, en lo que dictan los sentimientos mas delicados del corazon humano, tenemos por acertadísima esta disciplina; mirámosla como un paladion que cobija la dignidad del clero, y juzgamos que la religion es deudora de un incalculable beneficio á los sumos pontífices, que con firmeza apostólica se han opuesto á las exigencias de las pasiones, haciéndolas entrar con brazo fuerte dentro los límites debidos, cuando amenazaron desbordarse.

En la actualidad, gastan inútilmente el tiempo los enemigos de la Iglesia cuando le aconsejan que suprima esa ley; lo que no pudieron conseguir la ignorancia, la corrupcion y la confusion de los siglos medios, lo que no recababan las declamaciones de los protestantes y de los filósofos en los tres últimos siglos, no es posible que se logre en adelante; mayormente quedando ya fuera de duda, que el Aquiles de los argumentos con que se atacaba el celibato religioso, á saber, el daño que causaba á la poblacion, es un miserable sofisma fundado en falsas suposiciones, desmentidas por los progresos de la estadística y las observaciones de la ciencia económica. Que por lo tocante á la influencia que pudiera tener el matrimonio en endulzar los sentimientos del clero, bien ciual es que mejor y mas seguro efecto produce la caridad, con la cual se forman espiri-

tus tan blandos y apacibles, como son los de nuestros santos. No es, pues, el matrimonio lo que se ha de introducir, sino dejar á la Iglesia espedita su accion para cuidar de la estricta observancia de los sagrados cánones; de suerte que se verifique una completa armonía entre la enseñanza y las obras. Lo que se ha de procurar es, que á la Iglesia no se le quiten los medios para formar hombres dignos de tan alto ministerio, y que no se la reduzca á inferior condicion que las otras instituciones, cualesquiera, privándola de los necesarios recursos para proveer á la instruccion de los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica. Esto es lo que conviene; lo demas son insidiosos consejos que á nadie alucinan, palabras que de nada sirven sino para poner en descubierto la insensata vanidad de los que se proponen enmendar la obra de Dios, y sustituir á sus santísimos y profundos designios, los miserables proyectos del hombre.

Vigilancia sobre las costumbres de los fieles. Ninguna religion ha prescindido completamente de la moral; y los que se han adelantado á decir que no debieran andar unidas la moral y la religion, se han mostrado muy poco conocedores, tanto de ésta como de aquella. La religion que se desentendiese de la moral, seria una monstruosidad; así como la moral es inconsistente cuando no puede afianzarse sobre la sólida base de una religion. Y no intentamos poner en duda la existencia de una luz natural, que independientemente del ejercicio de este ó aquel culto, nos enseña lo que es bueno y lo que es malo: sabemos que esta luz es uno de los mas ricos patrimonios de la humanidad, y ha sido una de sus tablas de salvacion para que no pereciese del todo, víctima de sus lamentables aberraciones; pero tampoco podemos menos de hacer notar, que sin culto religioso, la idea de Dios se debilita en nuestro espíritu, ó cuando menos se la relega al entendimiento, dejándole muy poco influjo sobre la voluntad; y en llegando las cosas á tal estado, es evidente que la práctica de las sanas máximas morales, aun las dictadas por la razon natural, se ha de resentir sobremanera, ha de caer en desuso; y por esto decimos que la moral para ser duradera y eficaz, necesita apoyarse en las ideas religiosas, y encontrar en el culto un auxiliar incesante.

Entre las varias creencias que han dividido á los hombres, así en los tiempos antiguos como en los modernos, no se ve ninguna donde se conozca que el fundador haya perdido de vista estos eternos principios; pero en algunas de ellas ha sido tan débil el elemento moralizador, y tan flacos los medios de que podia echar mano, para influir sobre los hombres, que al observar cierta moralidad de

los adheridos á las mismas, más bien pareció un fruto espontáneo de los dictámenes de la luz natural y de las buenas inclinaciones del corazón, que no un resultado de la influencia religiosa. Mirad el paganismo, y veréis que si bien esparce acá y acullá algunas buenas máximas divinizando esta ó aquella virtud, también en cambio erige altares al vicio, y le ofrece como digno presente la corrupcion, abandonando lastimosamente el cuidado de que germinase entre la muchedumbre la semilla de la moralidad que se habia esparcido. Nadie corrige el vicio, nadie estimula la virtud, nadie se ocupa en hacer aplicaciones de la moral á los actos de la vida; solo algunos vanidosos filósofos disertan ostentosamente sobre ella, y muestran pretension de suplir con huecas palabras la ineficaz accion de los medios religiosos, que á la sazón obraban sobre el mundo sometido á la idolatría. La misma política reconoció esta falta; y así es, que mientras de una parte procuraba apoyarse en la religion y acrecentar su influjo para que la auxiliase en la difícil tarea de dirigir la sociedad, creaba por otra, instituciones civiles que alcanzasen á donde no alcanzaba la religion. Recuérdese lo que eran en Roma los *censores*, las atribuciones que las leyes y la costumbre les señalaban, y véase si no es bien claro que aquella institucion civil era un medio supletorio de la insuficiencia religiosa. Sin negar los buenos efectos que de esta suerte se pudieron obtener, siempre es verdad que existia en ella una dislocacion de funciones, y que por tanto no era posible que fueran cumplidamente desempeñadas. Así es, que bastó poco tiempo para que el mal se presentara con toda su deformidad; y la inmoralidad y la corrupcion mas asquerosas, habian ya consumido lentamente el imperio romano, siglos antes que lo hiciera pedazos la acometida de los bárbaros. Los sacerdotes de los falsos dioses, se limitan á cuidar de las ceremonias, de los sacrificios, de los augurios, es decir, de la parte esterna de la religion, sin que se crean obligados á ocuparse de la situacion de los espíritus, del estado de la conciencia, ni á darle alguna luz para guiarla en sus tinieblas, ni comunicarle aliento para fortalecerla en los combates. El hombre ahora á los dioses, levántales magníficos templos, consúgrales ricas ofrendas, consulta en sus dudas á los oráculos, se dirige sin cesar al cielo; pero víctima de mil groseras supersticiones, tributando á las obras de sus manos ó á las creaciones de su fantasia, el culto debido al Dios verdadero, no recibe un rayo de luz que pueda servirle para ordenar su conducta. La falsa religion habia dominado casi toda la tierra, y la estension de sus dominios no habia llegado á impedir que el vicio se levantase por do quiera al lado del altar, si es que no se colocaba á sí mismo en lugar de un Dios, re-

cibiendo los homenajes del culto. Llega la religion cristiana, y al mismo tiempo que enseña sus dogmas y establece su culto, se ocupa incesantemente de la moral; y dando á las prácticas exteriores la debida importancia, tiene principalmente fijos los ojos en lo que afecta el hombre interior, procurando primero su renovacion por la gracia, y velando y trabajando en seguida por la conservacion de las disposiciones de ánimo traídas por aquella venturosa mudanza. Es necesario, dice ella, adorar á Dios en los templos, como que son su morada predilecta; se han de observar las prácticas exteriores prescritas por la tradicion ó por la autoridad de los pastores legítimos; es necesario asistir á las augustas ceremonias donde se nos recuerdan los misterios de nuestra redencion, donde se eleva al cielo humilde plegaria, poniéndonos á la vista la altura de nuestro destino, no dejándonos olvidar el fin para que fuimos creados; pero añádele la Iglesia, que todo esto será estéril para nuestras almas, será vano á los ojos de Dios, si no le adoramos en espíritu y en verdad, si no le ofrecemos un corazon contrito y humillado, si no hacemos frutos dignos de penitencia, y si purificados con la sangre del Cordero, y nacidos á una vida nueva con las aguas regeneradoras de su bautismo, no procuramos conformarnos á él, absteniéndonos de todo mal, y caminando en presencia del Señor con espíritu recto y puro, y con intencion sencilla y santa.

Así procura la Iglesia que las prácticas del culto vayan acompañadas del ejercicio de una sólida virtud, y que no se puedan aplicar al pueblo cristiano aquellas palabras: "Este pueblo me adora con los labios; pero su corazon está lejos de mí." No es esto decir que consiga del todo su objeto; pero sí que tal es su intento, que este es el blanco á que se encamina, guiada por el Espíritu divino. La humana flaqueza inutiliza á menudo esos esfuerzos, la malicia los contraría; pero esta es la condicion del hombre, y mientras vivimos sobre la tierra, vano es que soñemos un *optimismo*, donde no se vea nada malo: la mezcla del bien y del mal es una ley del universo, desde que caido el humano linage de su primitivo estado, está sujeto á un terrible castigo. Además, que no se ha de atender precisamente al mal que existe, sino al que se evita; consideracion poderosa, que no se debe perder de vista nunca cuando se quiere hacer justicia á una institucion en vista de sus efectos. No hay institucion sobre la tierra que pueda resistir al escámen, si se admite como valedero el siguiente raciocinio: "Es mala, porque deja males en pie;" nada hay mas inconsistente, nada mas sofisticó; porque ó es preciso cambiar la naturaleza del hombre, ó resignarse á presentar males donde quiera que se le encuentre, sea cual fuere la insti-

tucion bajo la cual viva. Lo repetimos, este argumento nada prueba contra la Iglesia católica; solo recuerda la cuestion filosófica sobre el origen y la existencia del mal; cuestion que solo puede resolverse cumplidamente con el dogma católico de la prevaricacion del primer padre, y de la degeneracion de su descendencia.

La Iglesia católica ha conocido profundamente el corazon humano, teniendo por regla de su conducta el insistir sin descanso sobre la práctica de la virtud, el inculcar constantemente los principios de la sana moral, no contentándose con una ensenanza estéril, sino procurando que aplicada la doctrina á todos los actos, se realizase en la vida del cristiano. La religion pagana no tenia ni cátedras donde se enseñase la moral, ni medios prácticos para hacerla poner en planta; y limitándose á una que otra máxima saludable, á uno que otro ejemplo personificado en alguna de sus divinidades, dejaba al hombre abandonado á sí mismo. De donde resultaba, que tan pronto como las sociedades perdian la primitiva sencillez de costumbres, natural patrimonio de su infancia, y comenzaban las pasiones á sentirse estimuladas por efecto de los mismos progresos de la cultura, eundia desde luego la mas desenfundada corrupcion, cayendo al fin los pueblos en aquel estado abyecto y degradante en que vemos á los romanos de los primeros tiempos del imperio, y aun de los últimos de la república. No le basta al hombre conocer los principios de la sana moral, sino que necesita oírlos incesantemente predicados, repetidos, inculcados; porque lo que nos falta no es principalmente la noticia de ellos, sino un sentimiento vivo, fuerte, de la conveniencia y necesidad de ponerlos en práctica; una voluntad firme, decidida, bastante á superar todos los obstáculos que nos ofrezcan nuestras inclinaciones depravadas, bastante á confortar y sostener el espíritu cuando desfallece y cae, en vista de la obstinada lucha á que se halla precisado al empeñarse en caminar por el sendero de la virtud. Por esto es de la mayor importancia, es hasta indispensable, si se quiere obrar eficazmente sobre el ánimo del hombre, el recordarle sus deberes en todos tiempos, á todas horas, no distinguiendo ni edades, ni secos ni condiciones; sin miramientos á las posiciones sociales mas elevadas, sin condescender con las exigencias de hábitos arraigados, sin plegarse á los hipócritas raciocinios de una moral acomodaticia; sino proclamar la moral en alta voz, aguzando de esta suerte los remordimientos; y ya que no sea posible estirpar el vicio, al menos no dejarle que prescriba. Esta es la línea de conducta de que no se apartó jamas la Iglesia católica en los diez y ocho siglos que cuenta de duracion; esta es la regla de que no se desviará nunca hasta la consumacion de los tiempos: por-

que así se lo tiene ordenado su divino Fundador, porque tiene prometidos, además, el valor y aliento necesarios para hacer frente á todas las dificultades y peligros que acarrearle pueda el cumplimiento de su instituto. En vano ni aun en las épocas más calamitosas ni en las circunstancias más críticas se le ha pedido que aflojase algún tanto en la severidad de su moral, procurando acomodarla á las pasiones é intereses del mundo: este ó aquel individuo han podido hacerlo; la Iglesia no. Y no es que olvidándose de aquella misericordiosa indulgencia de que le dió sublime ejemplo Jesucristo en la manera dulce y apacible con que trataba á los pecadores, haya caído en aquel rigorismo destemplado, que no atendiendo á la humana miseria, pretende abrumar á los fieles con exigencias desmesuradas, y que haciéndoles poco menos que imposible el perdón de los pecados é inaccesible el camino de una penitencia purificadora, los lanza en un abismo de desesperación; muy al contrario, la Iglesia desecha, reprueba este rigor farisaico, porque recuerda aquellas consoladoras palabras del divino Maestro: "Venid á mí los que estais afligidos y agobiados, y yo os aliviaré; tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis el reposo para vuestras almas; pues que mi yugo es suave y mi carga ligera." Sosteniendo con la firmeza acostumbrada el dogma de la facultad que en ella reside de perdonar todos los pecados, por graves, por horribles que sean, ha puesto constantemente en práctica la enseñanza y ejemplo del divino Fundador, manteniéndose con los brazos abiertos para recibir en nombre del Padre celestial, al hijo pródigo que, cansado al fin de sus extravíos y dilapidaciones, entra en sí, y se resuelve á implorar misericordia buscando de nuevo con humildad y confianza el techo de la casa paterna. *abandonado al fin sus vicios y volviéndose á buscar el hogar*

Los que tanto declaman contra la relajación de la disciplina, contra la indulgencia dispensada por la Iglesia á la flaqueza humana, deberían distinguir entre las doctrinas de este ó aquel escritor católico, y las doctrinas de la Iglesia. Sabida es la muchedumbre de proposiciones que por su laxitud han sido condenadas por los Sumos Pontífices; y que si bien se ha procedido en esta materia con el debido pulso para no envolver en la censura opiniones que más ó menos fundadas, no estaban, sin embargo, en contradicción con la moral cristiana, no por esto puede decirse que se haya permitido la circulación de ninguna que tuviese este carácter; aun cuando ó por la forma en que venia espresada, ó por la naturaleza del objeto, ó por otra causa, no fuera posible anatematizarla como herética. Los mismos que están suspirando sin cesar por el restablecimien-

to de todo lo antiguo, y que al parecer hasta echan menos la penitencia pública y la estricta aplicación de la severidad canónica de los primeros siglos, serian, á no dudarlo, los que acusarian altamente de inconsiderada y temeraria la conducta de la Iglesia, si se arroja á seguir los insidiosos consejos que le están dando; fueran los primeros que le echarian en cara el olvido del *espíritu de la época*, su falta de tino, su ciega tenacidad en luchar demasiado de frente con las ideas y las costumbres. Esa táctica en la actualidad ya puede engañar á muy pocos hombres de buena fé; nadie desconoce que estas declamaciones eran, como si dijéramos, un arma de oposición; y así no es extraño que en mostrándose la Iglesia justa, se la llame opresora, y que en propendiendo á la indulgencia, se la apellide relajada y conivente. La Iglesia no confundió jamás la indulgencia dispensada al culpable, con la indulgencia por la culpa: teniendo en cuenta que no nos es posible llevar vida de ángeles mientras andamos por esta tierra de peregrinación, y vestidos de una carne que está en contradicción y lucha perenne contra el espíritu, no deja por esto de amonestarnos de continuo, que por el mismo hecho de ser cristianos, renunciamos al diablo y á sus pompas y obras, y que trasladados por la gracia de Jesucristo á una nueva vida, quedamos obligados á conservar el *hombre nuevo*, que comemos una negra ingratitud revistiéndonos otra vez del *hombre viejo*; y que por fin, habiéndonos hecho participantes de la naturaleza divina, debemos recordar nuestra dignidad, no volviendo á la primitiva vileza con una conducta indigna del nombre cristiano.

De esta suerte están sin cesar los fieles pendientes de los labios del sacerdote, y éste se muestra digno representante del Señor que le ha enviado, ensalzando las bellezas de la virtud, pintando el vicio con los negros colores que le son propios, y amenazando al impenitente con la justicia de un Dios vengador. A este elevado fin se consagra principalmente la *predicación* de la divina palabra, hecha sin cesar en todos los puntos del orbe católico. Institución hermosa, altamente saludable, necesaria para perpetuar entre los hombres la práctica de la virtud, con el vivo recuerdo de una sana moral, institución propia del cristianismo, desconocida de toda la antigüedad, y que si se ha puesto en planta fuera de la Iglesia, ha sido imitando el ejemplo que ella antes que nadie había ofrecido.

Estamos tan acostumbrados á ver en torno de nosotros los prodigios del cristianismo, y nos hemos conaturalizado de tal suerte á las prácticas por él establecidas, que apenas reparamos en el alto mérito que encierran, y en los inmensos efectos que producen. Si Sócrates, si Platon, si Ciceron, si Séneca, si Epicteto y demás fi-

lósofos de la antigüedad, aficionados á la moral, se levantarán de sus sepuleros y recorriesen un pais cristiano, no volverían de su sorpresa y asombro á la vista del espectáculo que se presentaría á su vista. Si se los introdujera en alguna de nuestras magníficas catedrales, donde oradores elocuentes desenvuelven con maestría las máximas evangélicas, haciendo de ellas innumerables aplicaciones á todos los actos de la vida humana, donde un numeroso auditorio escucha atento y conmovido las palabras del ministro de Dios, que descienden de la cátedra del Espíritu Santo, ora como raudales de benéfica lluvia sobre una tierra agostada, ora como rayos del Eterno que se complace en amedrentar el mundo para apartarle del camino de la maldad, llenáranse de admiración al ver cuál se derraman sobre todo un pueblo, sin distinción de edades, secos, condiciones ni clases, principios que ellos tuvieran allá reservados cual recónditos secretos, cual inefables arcanos, accesibles únicamente á un reducido número de sábios. Avergonzáránse de su filosofía, al ver que lo que ellos se imaginaran tocar á los últimos confines de la sabiduría humana, se hallaba escedido, eclipsado por el raudal de máximas sublimes que salen de la boca de aquel hombre, y de quien conocerían desde luego que no las ha bebido en ninguna de sus escuelas. ¿Y cuál no fuera su pasmo si se les añadiese que la escena que acaban de presenciarse, nada tiene de desusado ni extraordinario, que se la repite á un mismo tiempo en muchos puntos de una misma ciudad, y en todas las regiones del globo; si se les dijese que desde la población más opulenta hasta la aldea más miserable, están distribuidos hombres encargados de llenar el mismo objeto, obligados estrictamente por su instituto á repetir á los pueblos aquellas altas lecciones; si se les advirtiese que á mas de esto, circulan, así entre las clases ricas como entre las pobres, entre los sábios como entre los ignorantes, una muchedumbre de libros, donde en variados estilos, en distintas formas, en todas las lenguas, encontrarán esplicadas y desenvueltas de mil maneras aquellas mismas máximas que acaban de oír de la boca del orador sagrado? Llorarían, llorarían sin duda de enternecimiento, si se les condujera á una de esas aldeas retiradas, pobres, donde se albergan un escaso número de infelices que alcanzan apenas á ganar con el sudor de su rostro, el alimento de sus familias, y los groseros trages con que se cubren, y se los introdujese un domingo en la pequeña iglesia, donde un hombre revestido con los hábitos sacerdotales, en pie, junto al ara del sacrificio, está esplicando á los sencillos feligreses, un punto del Evangelio, algún pasaje de la vida de Jesucristo, ó algún trozo de sus sermones, y deduciendo en seguida mil y mil re-

glas de conducta á que debe acomodarse la vida del cristiano, y comprendiendo los vicios que contra ellas se han tal vez introducido, y señalando los remedios de que pueden echar mano para curarse los que adolezcan de aquellas enfermedades del alma. Confesarían, á no dudarlo, que su ciencia era vana, que en sus escuelas se malgastaba inútilmente el tiempo; que ven realizado lo que ellos ni siquiera habían concebido como posible; esclamarían que sin duda ha bajado del cielo algún Dios para enseñar esas cosas á los hombres; que sin duda él les ha dado la pauta que debían seguir para perpetuar por los siglos de los siglos tan sublime doctrina; dirían que á tanto no podía llegar el pensamiento del mortal, y que una organización semejante donde se hallan establecidas por todo el universo, abiertas para todas las clases de la sociedad, cátedras de tan elevada filosofía, solo puede haber dimanado de un Dios, que compadecido de las tinieblas en que yacía el mundo, habrá querido ilustrarle, renovando de esta manera la faz de la tierra.

Apelamos al juicio de todos los hombres pensadores, de cuantos saben apreciar el verdadero mérito de las cosas, sin que sea menester el verlas acompañadas de novedad; á ellos apelamos para que nos digan si careciera de motivo la admiración de esos filósofos. La influencia de esas instituciones es más difícil de ser apreciada debidamente, por razón de que se ejerce en derecho sobre el entendimiento y la voluntad; y así afectando lo que hay de más íntimo en el hombre, y no produciendo sus resultados en lo exterior, sino á medida que va ofreciéndose la ocasión oportuna, no mete en el mundo gran ruido, aun cuando sea causa de las mudanzas más trascendentales y profundas. Su acción es lenta, pero segura; sus efectos por ser í ocultos ó poco ruidosos, no dejan de tener inmensa importancia. Comparad el mundo moderno con el antiguo, ved la incalculable distancia que los separa, y decid si el cristianismo obrando lento y continuamente sobre la sociedad, no ha destruido mayor suma de males y producido más bienes, que no otras causas tanto más ineficaces cuanto más estrepitosas. El hombre que oyendo un sermón concibe un buen pensamiento, quizás no le comunica á nadie, quizás le encierra en el fondo de su alma, sin que ni sus personas más allegadas puedan conjeturar que las palabras del sacerdote han penetrado hasta lo íntimo de ella, como un rayo de luz celestial, como una inspiración milagrosa. Pero de esa luz, de esa inspiración, brotan tal vez firmes propósitos para enmendar una conducta desarreglada, para restituir la felicidad y el sosiego á una esposa, á una familia; tal vez aquella luz disipa en un instante un proyecto criminal, que iba á producir desastrosas consecuencias; tal

vez aquella inspiracion hace nacer en el espíritu saludables resoluciones, que formarán un hombre recto, útil para sí y para los demas, del mismo que sin esto habria sido ó un zángano en la sociedad, ó un corruptor de las costumbres públicas. ¿Y cuánto y cuánto no se podría decir de semejante si atendiésemos á la diferencia de sexos, edades y condiciones? ¿Cuánto no nos enseñaría sobre esto la historia, y nos mostraria la esperiencia, y nos haria conjurar el mismo curso regular de las cosas?

El esplendor y magnificencia del culto católico, es otra de las causas que poderosamente contribuyen al aumento de la autoridad del clero, y de su ascendiente sobre el ánimo de los fieles, haciendo sensible la religion de tal suerte, que sus mas altos misterios se ofrezcan como de bulto aun á los espíritus mas limitados. Mucho se ha declamado contra la pompa desplegada en los templos católicos, achacándole que encerraba gran parte de lujosa ostentacion, y diciendo que no eran estas esterioridades lo que de los hombres reclama un Dios, cuya vista penetra los corazones y lee los mas recónditos secretos de nuestra alma. Vanas puerilidades en que pudo entretenerse la filosofia del pasado siglo, que prevenida contra todo lo concerniente á la religion católica, condenaba sin apelacion todas las creencias, todas las ceremonias, todas las prácticas, seguídas por espacio de diez y ocho siglos; puerilidades que deben estar ya juzgadas por todos los hombres que hayan meditado algun tanto sobre nuestra naturaleza y sobre el objeto que la religion se propone. Es innato en el hombre el manifestar en lo exterior sus pensamientos y afectos: esta sencilla consideracion basta para legitimar el culto esterior; y si á esto añadimos que dicha manifestacion es naturalmente proporcionada á la intensidad y viveza con que pensamos y sentimos, resulta bien claro que siendo las ideas y sentimientos religiosos los que mas fuertemente impresionan nuestro espíritu, y embargan y absorben todas sus facultades, los actos que revelan en lo exterior lo que pasa en nuestra alma con respecto á los altos objetos de la religion, deben distinguirse de los demas y elevarse sobre ellos, cuanto se eleva sobre lo pegado á la tierra lo que se encamina con derechura al cielo.

Todos los pueblos de la tierra han estado acordes en este punto, y ninguno vereis donde los monumentos religiosos no se hagan notar por el grandor y la magnificencia, proporcionalmente, empero, á los recursos y cultura de las naciones que los levantarán. Por manera, que desplegando la Iglesia católica ese esplendor que su culto distingue, no ha hecho mas que realizar de una manera mas grandiosa, una idea, un instinto que mas ó menos desenvueltos,

abrigó siempre el humano linage: á saber, que lo que se consagra á Dios, debe ser digno de servir de ofrenda al Señor del universo.

El culto de las imágenes y de los santos, que tan bellamente eslabona el espíritu con la materia, y que condescendiendo con nuestra flaqueza, levanta nuestra alma hasta el cielo en las alas de la imaginacion, es tambien uno de los caractéres distintivos del culto católico, y que hace sensible, por decirlo así, la providencia de Dios en todas partes, ofreciéndonos á cada paso un intercesor, que libre ya de las miserias de la tierra, rogará por nosotros con oracion tanto mas fervorosa, cuanto hubo tambien un tiempo en que vestido de carne mortal, padeció en este valle de lágrimas los mismos males, los mismos trabajos, las mismas aflicciones, para cuyo remedio estamos implorando su poderoso valimiento.

¿A cuántas reflexiones, á cuántas pláticas, á cuántos libros no equivale la vista de un Crucifijo? ¿Quién es capaz de calcular las dulces emociones que produce una Virgen con el Niño en los brazos, ó la religiosa melancolia que causa en el ánimo María al pie de la Cruz? Tantos pasages de la Sagrada Escritura, de la tradicion, de las vidas de los santos que cubren las paredes y los altares de nuestros templos, no son, por cierto, estériles para el bien de las almas; y así como la inspiracion del genio inflamó el ánimo de los artistas cristianos, para producir esas maravillas que honran el espíritu humano, y son la mas elocuente apologia de la belleza y sublimidad del cristianismo, así el Señor, valiéndose de las criaturas para sus altos designios, se sirve de aquellas estatuas, de aquellos cuadros, para hacer bajar sobre el alma pensamientos que la reconcentren en sí misma, que la abstraigan de las cosas criadas, levantándola hácia el cielo, donde está su origen y su fin.

Háblase tal vez de lo que es el pueblo católico, de sus extravíos, de sus flaquezas, de su olvido de la religion, á pesar de tantos signos, de tantos objetos esteriorees como se la están presentando sin cesar á todos los sentidos; pero ahora se ve lo que es el pueblo con esto, pero no lo que fuera sin esto: ahora se ve que no obstante los continuos recuerdos que le están amonestando de su destino y de los medios que debe emplear para alcanzarle, vive distraído, quizás vicioso y relajado; pero no se ve que faltando estos recuerdos se borraría enteramente de su memoria la religion, ó no le quedaria mas que una idea vaga, confusa, que no estendiera su influencia sobre el corazon, y mucho menos sobre los actos de la vida. Dejadle, pues, al fiel que asista á las augustas ceremonias de la Iglesia, y que contemple allí representados al vivo los arcanos y los hechos que forman el objeto de sus creencias; dejadle que se postre ante

una imagen implorando el socorro del cielo, ó rindiéndole gracias por algun beneficio: dejadle que busque al sacerdote, y que lleno de fé y de confianza le entregue el *Exvoto* que recuerda el auxilio recibido en algun grande infortunio, ó el cirio misterioso que ha de arder sobre un altar durante alguna crisis terrible; dejadle que ofrezca á una imagen de la Virgen ó de algun santo tutelar, el precioso vestido, ofrenda de fé, de amor y de agradecimiento; dejad que así derrame con tierna expansion los sentimientos del alma en actos tan sencillos como inocentes; si no comprendéis lo que en semejantes casos experimentan los corazones religiosos, si no sabeis los grados que añaden á una santa alegría y el bálsamo que vierten sobre un pecho desconsolado, confesad al menos que hay aquí algo de bello y de sublime, y que la religion católica abunda en inefabes armonías con los mas delicados afectos de nuestro corazon.

Los sacramentos, y particularmente el de la penitencia. Desearíamos que los límites de un artículo nos permitieran espaciarnos en desenvolver este punto cual su importancia merece, señalando los innumerables conductos de íntima comunicacion que se abren entre el sacerdote católico y el fiel, por medio de estos angustos símbolos en que Dios ha querido vincular los tesoros de su gracia. El bautismo, purificando de la mancha original al niño recién nacido, nos presenta al sacerdote como un ángel tutelar que rescata del poder del infierno aquella débil criatura, y la devuelve á una familia alborozada por la indecible felicidad que acaba de experimentar; la confirmacion nos ofrece al obispo imprimiendo al bautizado el sello de los soldados de Jesucristo, para que le sirva de signo confortador en los combates que se verá precisado á sostener contra el mundo, el demonio y la carne; en la sagrada comunión hallaríamos la impresion indeleble que deja en el alma el acto de acercarse á la augusta mesa, sobre todo, si es por la primera vez; y así en todos los demas sacramentos descubriríamos poderosos motivos para obrar sobre el alma de una manera eficaz, aun dejando aparte los superiores efectos que en ella producen por solo el misterioso enlace con que Dios se ha complacido en vincular con su inefable gracia aquellas augustas ceremonias; veríamos que el sacerdote toma en brazos al hombre desde que abre los ojos á la luz, y no le deja de su mano hasta que exhala el último suspiro, hasta que reposa en la tumba. Recorriendo los santos usos, las venerables prácticas que á semejantes actos acompañan, notaríamos por do quiera suaves y poderosos resortes obrando sobre el corazon del fiel, y ligándole íntimamente con el ministro del santuario, á quien confiara Dios la distribucion de sus gracias; y cada uno de los siete sacramentos que

conserva la Iglesia como sellos misteriosos de que la hiciera el Señor depositaria, podria darnos ocasion á estensas y gravísimas consideraciones. Pero toda vez que nos vemos obligados á circunscribirnos á estrechos límites, pasaremos por alto lo mucho que sobre esto se podria decir, contentándonos con paramos algunos momentos en el sacramento de la penitencia.

Mal comprende, así el corazon del hombre como la religion, quien señala poca importancia á los efectos de dicho sacramento; hasta humanamente hablando, y dejando aparte lo que sobre el mismo nos enseña nuestra augusta creencia.

Es el sacerdote en la administracion del sacramento de la penitencia, médico y doctor á mas de juez; hermosa distincion que hacen los teólogos, y muy fundada en la naturaleza misma de los objetos á que se la aplica. Las dolencias del alma no son menos tenaces y de difícil curacion que las del cuerpo; y así como éstas han menester un médico conocedor de las causas de que dimanan y de los remedios que deben aplicárseles, así aquellas lo necesitan tambien. Si el arte que se ocupa del cuerpo está sujeto á innumerables dificultades, que el doliente, entregado á sí mismo, no es capaz de superar, se verifica lo propio con respecto al alma. Es complicada la composicion de nuestro cuerpo, y difícil analizar y clasificar cual conviene las partes que le forman; pero no presenta un conjunto menos inesplicable el espíritu humano, habiéndose tenido siempre por un timbre de alta sabiduría el profundo conocimiento de los resortes que hacen obrar nuestro corazon. Este arte admirable es el que se practica de continuo en la administracion del indicado sacramento; y por cierto que los filósofos que tanto peso atribuyen á las ciencias que tienen por objeto el hombre, debieran señalar alguna mayor importancia á una institucion en que millares de individuos se ocupan muchas horas al día, no solo en la parte teórica, sino tambien en la práctica de dicho conocimiento.

En los autores que tratan de moral, y á veces bajo un estilo muy sencillo y lenguaje no muy correcto, se hallan, no obstante, un caudal de observaciones sobre los actos humanos, sobre los principios de que dimanan, las circunstancias que los rodean, los fines á que se encaminan y los efectos que producen, que su estudio bien dirigido y aprovechado puede servir sobremanera para adelantar en la interesante ciencia del hombre. No se hallan, es verdad, en ellos, ni pretensiones filosóficas, ni estilo florido, ni salidas agudas, ni reflexiones picantes; nada, en una palabra, de lo que apellidarse suele ingenio, y que ordinariamente envuelve tanto vacío como oropel; pero en cambio encierran sus libros máximas sólidas, reglas fijas,

á las que uno puede atenerse no solo para ordenar la propia conducta, sino tambien la de los otros; indican señales infalibles que revelan la disposicion de los ánimos, y de las que puede un hombre entendido valerse mucho aun en los negocios del mundo; medios eficaces para vencer las pasiones mas obstinadas, desarraigar hábitos inveterados, precaverse contra los amaños mas encubiertos: en breve, contienen un código de moral y de política, de que puede servirse con gran provecho así el particular como el hombre público.

Pero donde se deja sentir el influjo saludable del sacramento de la penitencia, es en lo concerniente á aquellas situaciones apuradas, en que angustiado el espíritu necesita un consuelo con tanta urgencia como el cuerpo su alimento, como el viviente la respiracion. Casos hay en que ó por desgracias imprevistas ó esperanzas fallidas, ó agudos remordimientos, se encuentra sumida el alma en la mas profunda desesperacion. Para ella el sol está despojado de sus rayos, el firmamento cubierto de luto, la faz de la tierra mística y agostada; todo es negro en torno de ella, triste lo presente, triste el porvenir, sin una gota de consuelo, sin un rayo de esperanza; la vida se hace pesada, un tedio indecible se esparce sobre todos sus actos, y no pudiendo el hombre sobrellevar la existencia, da cabida en su mente á un pensamiento terrible. Suponed que quien de tal suerte se halla angustiado, tiene fé, y que no ha olvidado enteramente las prácticas de la religion: en el tribunal de la penitencia encontrará con la absolucion de sus culpas un lenitivo, ya que no un remedio á sus males. Pero suponed que la lectura de libros impíos haya comunicado al infeliz la incredulidad ó el escepticismo; ¿quién detiene su mano? ¿quién le persuade que no atente contra su propia existencia? ¿qué es lo que le liga á la tierra? ¿qué es lo que puede temer para mas allá del sepulcro? Hubo un tiempo en que el jóven disipado, el padre de familia distraido, la doncella frágil, guardaban en sus corazones la fé, aun en medio de sus extravíos; semejantes al dilapidador que malgasta toda su hacienda, pero teniendo la precaucion de conservar escondido un precioso diamante, cuyo inestimable valor le sacará en último apuro de todos sus agobios. Perdía el jóven su salud, su reputacion, el aprecio de sus padres, la esperanza de adelantar en su carrera; el hombre de costumbres desordenadas habia reducido á la miseria y al último abatimiento á su esposa é hijos, y se habia convertido en objeto de ódio ó desprecio de sus amigos y conocidos; la doncella se encontraba en la última amargura, víctima de la seduccion y cubierta de ignominia; pero existia aún un templo, y allí habia un sacerdote, y este sacerdote tenia mil consuelos que prodigar, y el desgraciado

que conservaba la fé, se dirigia á él, y le contaba sus penas y desahogaba su pecho afligido, y cuando se creia solo en el mundo, encontraba todavía unos brazos abiertos que pronunciaban sobre él la palabra *perdon*, que le sugerian recursos para atenuar sus penas que, finalmente, compartian sus angustias con la ternura de un padre. Entonces el pensamiento terrible se habia desvanecido del espíritu, se conservaba apenas un recuerdo de él, como de un sueño infernal en una noche aciaga; y el desgraciado suspiraba con mas desahogo, y sus lágrimas corrían con suavidad; y con la confianza de estar perdonado en el cielo, se resignaba á pasar sobre la tierra los dias malos que él propio se habia preparado. Ahora comienza á faltar para algunas almas este poderoso remedio; y horror causa el decirlo! vienen á cada instante afligiendonos noticias de suicidios. Unos perecen con el veneno, otros con el degal; estos se precipitan de una eminencia, aquellos se sumergen en las olas; quien se abraza las sienes con arma de fuego, quien se ahoga con el humo del carbon; siendo de notar que muchos de los que en este número figuran, son jóvenes de pocos años, hasta niños y niñas de muy tierna edad, en la primavera de la vida, al asomar las pasiones, cuando al parecer tienen apenas tiempo para haber perdido la inocencia. ¡Oh! esto es horrible, es la mas elocuente protesta contra las doctrinas incrédulas que no poco se empeñan todavía en difundir; es la mas cumplida vindicacion de la moral y de las prácticas religiosas; es la contestacion mas cabal que darse pueda á los que se obstinan en burlarse de todo lo que ellos apellidan antiguo, en tratar á nuestros antepasados cual si hubieran vivido en la clase de ilotas.

Pero concluyamos reasumiendo lo dicho. Hallamos la influencia religiosa en todos los tiempos, en todos los países, bajo todas las formas sociales, en todas las facetas del desarrollo de los pueblos; pero notamos que la religion católica se distingue de una manera muy particular aventajando á todas las otras, no solo en alcanzar mayor grado de esta influencia, sino tambien en adquirirla mas sólida y duradera; analizadas las causas de dicho fenómeno, las hemos encontrado en la esencia misma de esta religion. Es falso por consiguiente el que se deba á intrigas ni á designios particulares el ascendiente que el Catolicismo disfruta sobre el ánimo de los pueblos, pues que son tantos los manantiales de donde dimana dicho ascendiente, que no es menester buscarlos en causas heterogéneas, las que ademas son de un órden circunscrito en demasía, para que puedan producir efectos tan generales y permanentes.

Tan lejos está el clero católico de deber su ascendiente á intrigas mezquinas como le achacari sus enemigos, que antes bien puede

asegurarse que le tendrá tanto mayor, cuanto menos echa mano de ellas. Lo que necesita este clero para ejercerle grande, poderoso, irresistible, es la rigurosa práctica de las máximas evangélicas, aplicación para sí y para los demás de las reglas que le han dado los Santos Padres, los cánones de los concilios, las instrucciones y decisiones de los sumos pontífices: esto necesita y nada más; y puede vivir seguro de que no desviándose de dicha línea, su influencia crecerá cada día, y se extenderá, mas ó menos directamente, hasta á los negocios temporales.

La ciencia, no solo en lo tocante á la religion, sino tambien en lo perteneciente á los demás ramos del humano saber, figura como uno de los poderosos medios que han de realzar el prestigio y la influencia del clero. No cabe pensamiento mas astuto, mas maligno, que el privarle de la instruccion, que el procurar alejarle de aquellos lugares donde podria adquirir nuevos conocimientos y manifestar los adquiridos. Esto fuera peor para la Iglesia que las persecuciones de los tiranos; porque éstas, si vierten sangre inocente, ciñen al menos á la victima una aureola radiante; matan el cuerpo, pero ennoblecen el espíritu, dándole en el ciclo la bienaventuranza y grangeándole en la tierra el honor y la admiracion de los hombres. Cuando Juliano Apóstata se habia empeñado en cerrar á los cristianos las escuelas, les hacia guerra mas cruel que los Nerones y los Decios; y en los últimos siglos, coartando los protestantes ingleses la instruccion de los católicos, poniéndolos en la impia alternativa de abjurar la fé, ó de marcharse á estudiar en pais extranjero, causaban no menor daño á la causa del Catolicismo que las crueldades de Enrique VIII é Isabel.

Estas son verdades que no pierden de vista los enemigos de la Iglesia, y que por lo mismo no deben olvidarlas los católicos; recordamos que para los padres de los primeros siglos no habia una materia en que no pudieran entrar en palestra para dar razon de su fé; que en los siglos siguientes se encontró en el clero secular y regular todo el saber que pudo librarse de la irrupcion de los bárbaros; y que por fin, en tiempos mas cercanos vemos que figuran en primera línea los eclesiásticos, no solo en el renacimiento de las ciencias y de las letras, sino tambien en épocas muy posteriores, cuando el espíritu humano habia tomado ya toda la altura de su vuelo. El oro, las riquezas y cuanto se apellida material y positivo, tiene, es verdad, un fuerte ascendiente en los corrompidos tiempos que alcanzamos; pero menester es confesar que la inteligencia no ha abdicado su imperio, que no ha descendido del elevado puesto que le corresponde, cediendo villanamente su lugar á los goces sensuales; conserva to-

daría sus honores, lucha generosamente contra la materia que pretende arrebatarlos; recuerda sus títulos antiguos y sus títulos presentes para merecer la gratitud, el aprecio, el respeto del género humano, y sobre todo, demanda tambien su parte en la resolucion de los grandes problemas que se columbran en el porvenir.

La Iglesia no ha olvidado nunca estas verdades, ni se ha mostrado descuidada en ponerlas en planta; y así, al propio tiempo que en épocas difíciles se esforzara en restablecer la disciplina, corrigiendo y purificando las costumbres del clero, procuraba que se ocupase con ahinco en el estudio de las ciencias, para que los hijos de Dios no fueran menos prudentes que los hijos de este siglo. Esforcémosnos por nuestra parte en llenar sus altas miras, y no dudemos que tarde ó temprano el mundo hace justicia á la bella y sublime reunion del sacerdocio, de la virtud y de la ciencia.

La religion católica encierra, como hemos visto, tantos medios de influir eficazmente sobre el ánimo de los que la siguen, que es bien extraño que se haya buscado en todas partes; menos en ella, el origen del poderoso influjo que han ejercido sus ministros. Se habla con énfasis de la ignorancia de los pueblos, y no se advierte que esta religion ha sido muy influyente, no solo en las épocas de ignorancia, sino tambien en las de ciencia; se recuerda la confusion introducida por los bárbaros y la facilidad con que entonces podia el mas diestro ó astuto apoderarse de la preponderancia; y no se repara en que no eran épocas de confusion las de los emperadores cristianos; ni lo fueron los reinados de los monarcas europeos: se ponderan las ricas propiedades de que ha disfrutado ese clero, y se las señala como una de las causas que mas acrecentaron su valimiento, sin advertir que con la pérdida de estas propiedad no ha estado ciertamente en proporcion el descaecimiento de esta influencia; y sobre todo, no se ha querido tener presente una observacion que salta á la vista, cual es, que el clero católico no nació rico, que para adquirir riquezas era necesario que fuera influyente, y que por tanto, la influencia precedió á la riqueza.

No negamos el concurso de algunas de estas causas; pero decimos que no fueron las únicas, y mucho menos las principales; sostenemos que sin ellas hubiera ejercido tambien poderosa influencia el clero católico. Esta dimana de la misma naturaleza de la religion; está radicada en sus entrañas, y cuanto se considere fuera del círculo religioso, debe ser mirado para dicho efecto, como cosa no del todo necesaria. Despues de la virtud, ponemos en primera línea el saber; y si algo hay que estimemos muy importante, ademas de lo puramente religioso, es sin duda el que el clero pueda alternar con las

demas clases en todo linage de conocimientos, si no con ventaja, al menos sin desaire. No rechazamos, pues, el apoyo de la ciencia; antes bien lo deseamos ardientemente: cuando decimos que la religion no ha menester el auxilio del mundo, no intentamos que deba vivir separada de la luz, ella que descendió del seno de la misma luz.

Pero esto en nada se opone á lo que llevamos establecido sobre su fuerza intrínseca, sobre su vida propia: esto no destruye lo que hemos asentado de que ella de suyo entraña todo lo necesario para grangear á sus ministros la debida autoridad, y levantarlos al alto rango que les pertenece como enviados del Señor. El divino Fundador de la Iglesia no escogió lo que era fuerte en el mundo para la propagacion de su divina enseñanza; plágole escoger lo débil para confundir lo fuerte, valiéndose de la ignorancia para humillar la ciencia, de la pobreza para abatir el orgullo del rico; y proponiéndose cambiar la faz del mundo, encomendó la gigantesca empresa á doce hombres, sencillos, rudos, sacados de las infimas clases del pueblo. A pesar de las cavilaciones de los filósofos, de la resistencia de las pasiones, de los esfuerzos de los poderosos, de la obstinacion de los sacerdotes idólatras, del tenaz empeño de los príncipes, y de los amados recursos de infierno, la religion se estendió, se arraigó, echó por tierra los altares de los ídolos, derribó sus templos, se apoderó de las escuelas, cautivó el ánimo de los sábios, triunfó de las pasiones, corrigió las costumbres, y no paró hasta sentarse en el trono de los Césares, haciendo que la enseña de salud flotase en el Lábaro de los emperadores que por espacio de tres siglos habian entregado á los tormentos y á la muerte innumerables cristianos. Lo que era entonces, lo es hoy, y lo será mañana, y continuará así hasta la consumacion de los siglos. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no, dijo el Divino Maestro; y sus profecias se han cumplido, y cuantos proyectos, cuantos planes se han trazado para sacarlas fallidas, todos han servido á manifestar con cuánta verdad dijo el sagrado testo: que los pensamientos del mortal son vacilantes, y que sus providencias son inciertas.



IMPUGNACION

DE UN ARTICULO DEL CONSERVADOR

TITULADO:

ESPAÑOLES-AMERICANOS.

Tomamos la pluma para rebatir un artículo de uno de los periódicos mas acreditados de la corte; y escusado es advertir que lo hacemos con alguna repugnancia. El público ha podido conocer que no somos amigos de entrar en polémica con ninguna clase de periódicos, pues que en la temporada que lleva la publicacion de nuestra *Revista*, todavía no hemos trabado ni la mas insignificante disputa, á pesar de que no esquivamos el tratar algunas cuestiones de la mas alta importancia. Sin embargo, y á pesar de que seguimos esta conducta por inclinacion y por principios, y no obstante el respeto que nos merece un periódico como *El Conservador*, en cuya portada leemos cuatro nombres tan distinguidos como son los de sus redactores, apenas hemos acabado de leer el artículo titulado *Españoles-Americanos*, que se halla en el núm. 11 del espasado periódico, correspondiente al día 21 de Noviembre de 1841, nos ha asaltado un irresistible desco de impugnar las opiniones allí emitidas, manifestando las equivocaciones en que, á nuestro juicio, ha incurrido su autor. Estamos seguros, abrigamos la mas profunda conviccion, de que el autor del indicado artículo no ha creído degradar la dignidad española, ni haber en lo mas mínimo el carac-